

# EL RIO DE LOS LEÑOS

Por J. J. ARAZURI

¡Sí, señores! También en el siglo XVI los regidores pamploneses tenían sus problemas de abastecimiento.

El del agua, que ha sido, es y se prevé como posible dentro de pocos años, se ha resuelto hasta nuestros días, pudiéndonos dar por satisfechos en cuanto a la cantidad y calidad del vital líquido correspondiente por ciudadano.

El problema alimenticio, salvo en las no infrecuentes excepciones de las guerras, también ha sido resuelto, aunque a veces se ha necesitado llegar a racionar las escasas existencias, o tener que recurrir al extremo de comer burros, perros, gatos, etc., etc. («Bloqueo de Pamplona», de 1874 a 1875.)

Ahora bien, en una ciudad que, por su situación geográfica, padece inviernos crudos y largos, existe otro problema, que es el del combustible, que no deja de tener su importancia, ya sea para preparar el condumio donde se ha de «remojar» el pan nuestro de cada día, ya para combatir las inclemencias de estos inviernos pamploneses que comienzan por Todos los Santos y terminan cuando la primavera, adulta y con reminiscencias de broma romántica, nos deja catar sólo un poco de su deseable y poético aroma.

Por aquella época, Pamplona tenía un censo de población que oscilaba entre los siete mil y los ocho mil habitantes, los cuales precisaban de carbón y leña.

El carbón mineral o de piedra, no usado hasta el siglo XIX, aunque parece ser que los ingleses y los chinos ya lo empleaban en la Edad Media, no fue conocido en Pamplona hasta hace pocos años.

El carbón vegetal, obtenido en las montañas, en las famosas carboneras, hoy casi extinguidas en gran proporción y en cuyos primitivos asientos brotan ahora con mayor profusión las sabrosas fresas silvestres, es sustituido rápida-



Foto n.º 1 - Vista del Molino de Caparroso, con la «punta de diamante» comienzo del «río de los leños», y soportes para colocar las cadenas. (Año 1899)

mente por el gas, la electricidad y el butano.

El carbón vegetal era traído a la ciudad en grandes y livianos sacos para su consumo.

Ahora bien, en la Edad Media, y parte de la Moderna, el combustible primordial era la leña.

Yo supongo que los bosques próximos a la ciudad, perseguidos por la tala, se encontraban cada vez más distantes, y el transporte en carros y caballerías, sobre todo por aquellos caminos, elevaría mucho el precio de la leña, lo que dio lugar a traer la madera, para la construcción y para la combustión, por un medio mucho más económico, como fue el de aprovechar el río Arga para su transporte.

Por todo esto y después de varios años de hacer proyectos y de pensarlo mucho, llegó el día 15 de

octubre del año de 1579, en el cual el Ayuntamiento hizo un convenio con un maestro de obras para construir una red en el río de la Magdalena para detener la leña.

Ahora bien, el «río de la leña», o «acequia de la leña», o «cequia de la leña» (como rezan los documentos más antiguos), o «río de los leños», o «río de las cadenas» (con todos estos nombres se le ha denominado), no fue construido hasta el año de 1588.

«El 17 de febrero de 1594, los rexidores de la ciudad fijan las condiciones de utilización de la "cequia y red" de la leña que se trae por el río Arga, que ha sido arrendada por Joan Forcen: antes de que éste ponga la red, los leñeros han de hacer su obligación ante el secretario del regimiento de ciudad, Pedro de Labayen, pagando



Foto n.º 2 - «Blondin» pasando la maroma en la Plaza del Castillo, durante las fiestas de 1916.

los derechos en plazo de 60 días desde que llegue la leña. Si no lo hacen así, pagan los derechos según lo que sea "argollado", y no en razón del número que se haga en el monte. Precio, media tarja por carga de lo que se argollare, que es a seis tarjas por carga». (Se leyó el pregón ese día.)

Veamos ahora los comprobantes gráficos de que disponemos, para conocer este río o acequia, que poco a poco y a partir de 1915, aproximadamente, fue enterrándose paulatinamente, hasta su completa desaparición.

En la «foto» número 1 se ve el comienzo de la acequia, a la izquierda de la llamada «punta de diamante» (que es el espolón sobre el cual está situado hace ya varios años el trampolín del Club de Natación), con la caseta para el servicio de los leñeros.

A mano izquierda se ven los soportes de los cuales partían las cadenas y la red, que, fijadas al lado opuesto del río, al sesgo, encauzaban las leñas hacia la entrada de la acequia.

Precisamente fue en este lugar, y seguramente aprovechando dichos soportes, el elegido por la famosa Remigia para cruzar el río Arga sobre una maroma.

Charlando hace poco con Benito Iribartegui —prodigiosa memoria, pamplonés auténtico y amante del viejo Pamplona—, me contaba que en el año de 1916, mientras Blondin pasaba la maroma por la Plaza del Castillo, él estaba viendo el espectáculo junto a «la» Remigia, entonces vendedora de lotería por las calles, la cual no dejaba de suspirar, recordando sus días de gloria y añorando sus proezas, mucho mayores que la que estaban contemplando.

Intrigado, he recogido datos y he desempolvado la «foto» número 2, en la cual se ve al falso Blondin en

la Plaza del Castillo, durante su arriesgado ejercicio.

He dicho el falso Blondin porque el auténtico, llamado Jean François Gravelet, nacido en 1824 y muerto en 1897, fue, posiblemente, el funámbulo más célebre que ha existido, siendo su hazaña más famosa la de atravesar sobre un cable las cataratas del Niágara, en el año de 1858.

Como puede verse en la «foto», «Blondin», vestido de rey Dagoberto (como dice Premín de Iruña), cruza sobre el cable, tensado por varios brazos laterales, la plaza del Castillo, durante las fiestas de San Fermín.

Este espectáculo, a precio de novena, naturalmente, dio mucho que hablar, censurándolo como pueblerino e indigno de una ciudad de la categoría de Pamplona. Un conce-

jal de entonces me lo ha ratificado. ¡Así es el pueblo soberano!

Intrigado por lo dicho por la pobre vendedora ambulante, he conseguido los siguientes datos relacionados con la pamplonesa Remigia Echarren, cuyo nombre artístico era Mlle. Agustini, que el 9 de julio de 1883 fue proclamada la «reina del Arga».

El periódico «Lau-Buru» narra este episodio con las siguientes palabras:

«El espectáculo se verificó en la parte del río Arga contigua a la fábrica de Pinaquy, a las siete menos cuarto de la tarde. Un cuarto de hora antes, nuestra distinguida paisana se dirigía a aquel punto en carretela descubierta y precedida de la Banda de la Casa de Misericordia».

«Al mismo tiempo, salían por la Puerta de la Tejería millares de personas, que fueron colocándose en las inmediaciones del río, de suerte que la pequeña explanada de la orilla izquierda del Arga y la Ripa llamada de Beloso ofrecían un aspecto verdaderamente animado».

«La funámbula se dispuso a empezar su travesía; el público guardó silencio unos momentos y a los tres minutos la "Agustini" llegaba con toda serenidad al lado opuesto del río, sobre el cual se había tendido la maroma a unos diez metros de altura».

«La equilibrista colocó los pies en unas canastillas, y una vez sujeto convenientemente este calzado, cruzó aquella el río con verdadera serenidad, llegando cuatro minutos después al término de su arriesgado viaje».

«Descansó breves instantes y en seguida recorrió otra vez la ma-

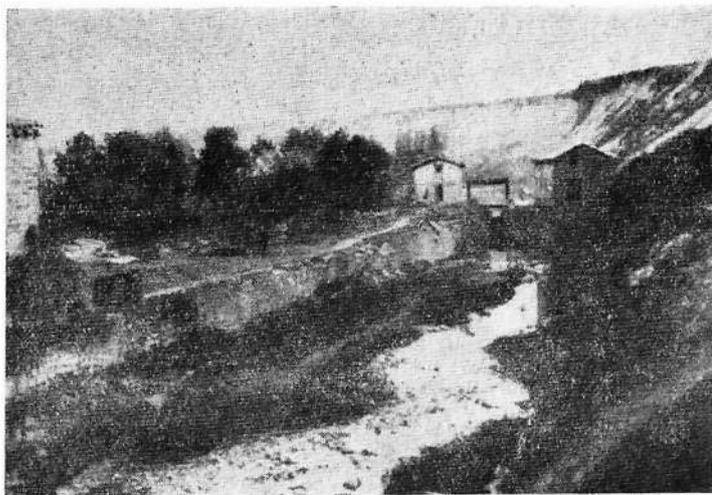


Foto n.º 3 - Comienzo del «río de los leños» con la caseta edificada sobre la «punta de diamante» y a la derecha, la casa de la tejería.

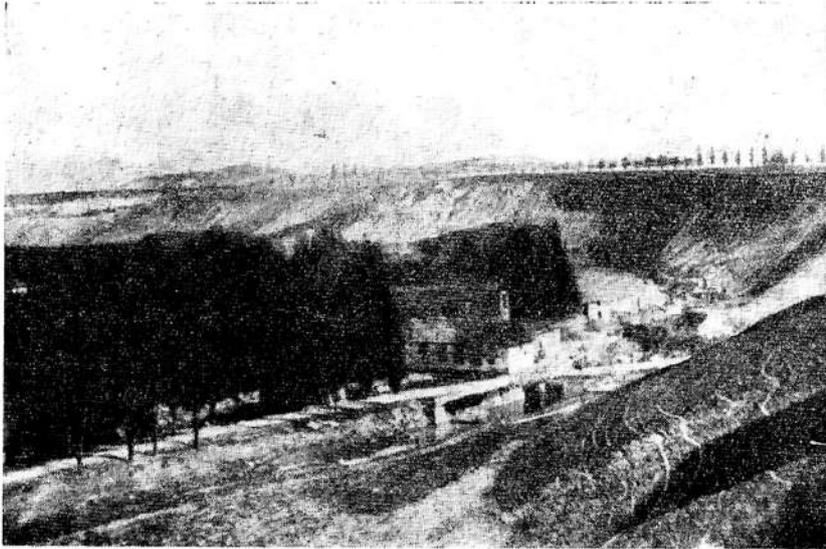


Foto n.º 4—Vista general, tomada desde el pie de la muralla, del «río de los leños», Molino de Caparroso, Tejería y Ripa de Beloso.

roma, con los ojos vendados y cubierta de medio cuerpo para arriba con un saco de tela gruesa. El público aplaudió con entusiasmo a la funámbula, la cual dio fin al ejercicio cruzando de nuevo el río, pero esta vez ejecutando movimientos peligrosos y adoptando posturas difíciles».

«Concluído el espectáculo, la funámbula recibió calurosos plácemes, que el público le tributaba admirado de su valor y de la seguridad con que anda por la maroma».

«La» Remigia, posteriormente, ingresó, como número cumbre del espectáculo, en la Compañía Acrobática Vasco-Navarra, que dirigía Corral. Desde aquella época ha llegado a nuestros días el dicho:

«Pasa, Remigia; pasa, Corral, que por tu gracia pago yo un real».

Es frecuente que muchas mujeres que triunfan en la vida se casen con algún vividor que las explota. A la pobre Remigia le ocurrió lo mismo, pero aún peor: Cayó en el lazo amoroso de un sinvergüenza, timador, etc., etc., que se casó con ella. Un «chupóptero» apellidado Ciordia, que, para que se hagan idea de cómo las gastaba, les contaré tres hazañas del «angelito»:

En cierta ocasión, por tierras del Sur de España, vestido de Obispo, fue detenido cuando, con maneras muy episcopales, hacía una colecta, la cual no era para fines benéficos.

Otra vez, unos pamploneses que entraron a oír misa a una iglesia

de Biarritz quedáronse pasmados al reconocer y comprobar que el sacerdote que estaba «celebrando» no era otro que Ciordia.

Años más tarde fue encerrado en la cárcel de Pamplona, por haber sido sorprendido, vestido de clérigo, confesando en una iglesia. Don Abdón Larrondo, prestigioso médico pamplonés, contaba que el tal Ciordia decía en la celda, cuando estaba pendiente de la sentencia: «¿En qué acabarán estas misas!».

Con semejante marido, «la» Remigia se quedó hasta sin apellido, terminando, eso sí, bien teñida de rubio, única herencia de su pasado esplendor, vendiendo lotería por las calles de Pamplona.

Si continuamos comentando, en la «foto» número 1 vemos el Molino de Caparroso, recién convertido en central eléctrica, y del cual nos ocuparemos en otro artículo. A mano izquierda del comienzo del río de los leños se aprecia una caseta que en tiempos anteriores perteneció a la tejería. Más arriba, y en el mismo lado, se ven los tendedores de ropa del lavadero del Conde de la Rosa.

Si nos adentramos en el río de la leña, podemos contemplar en la «foto» número 3 —obtenida en el año de 1907, y en dirección Sur— la compuerta que cierra el paso del agua, y la acequia con la ligera continuidad de agua que corre por su fondo. A ambos lados de la entrada del río se ven la caseta de los leñeros y, a la derecha, la casa de la tejería.

En primer término a la izquier-

da, el muro del Molino de Caparroso, el camino de servidumbre del río y al fondo la Ripa de Beloso.

En la «foto» número 4, hecha hacia 1870, se ve: al fondo, la Ripa de Beloso; más cerca, la caseta de la «punta de diamante», Molino de Caparroso, casa de la tejería y la carretera de Burlada.

Esta carretera, hoy sustituida por la llamada de la Chantrea, bajaba directamente hasta el Molino, junto al cual pasaba el río de los leños bajo un puente, y doblando inmediatamente a la izquierda, se dirigía hacia el puente de la Magdalena. Esta carretera es la misma que hoy une el puente de la Magdalena con la Central del Irati, y que entonces corría junto al río de los leños.

Como puede apreciarse, en aquella época no existía la hermosa arboleda que hoy cubre desde las murallas hasta dicha carretera.

Se ve perfectamente el río de los leños en su camino hacia el Molino de Ciganda.

Visión completa de su cauce hacia su desembocadura nos da la «foto» número 5.

Toda la zona que se ve corresponde al llamado término de Caparroso.

En la parte izquierda, antiguamente, estaban los términos (yo diría subterminos) de Garci Marra y Cimiterio Iudeorum, y a la derecha, el del Molino de Caparroso.

En la zona izquierda, entre el río de los leños y la muralla, estaba el «árbol del ahorcado», y parte de

la arboleda constituía la llamada «cazuela». A principios de nuestro siglo, en los días festivos, cuando el tiempo lo permitía, bajaban (expresión lógica empleada) a bailar a «la cazuela» los componentes de algunas sociedades o peñas (por entonces existían, entre otras, «La Sequía», «La Cuatrena», «La Armonía») con sus «orquestinas», compuestas, generalmente, de dos guitarras y una bandurria. A veces una guitarra era sustituida por un violín o por una flauta. Yo creo que a una de aquéllas se refiere el dicho de «La Banda de San Bruno, de tres filas de a uno».

Al atardecer, regresaban los bailarines formando dos largas filas, cerradas al final por los músicos. Creo que es en Tafalla donde, el último día de las fiestas, los casados, después de hacer una merendola, desfilan de igual manera.

Próxima a esta zona existía, en el siglo pasado, una alcantarilla, utilizada por los contrabandistas para introducir sus alijos en la ciudad. En el año de 1852, posiblemente por una gran avenida de agua, se ahogaron dos contrabandistas, siendo encontrados sus cadáveres, junto a cinco paquetes de contrabando, por los carabineros Ramón Magariño, Félix Villanueva y Gregorio Montoya, al efectuar un reconocimiento, el día 26 de enero de dicho año.

Posteriormente, el Coronel Primer Jefe de Carabineros solicita del Ayuntamiento «ponga rejas de hierro en la mineta que hay junto al Molino de Caparros, donde hace algún tiempo se desgraciaron dos contrabandistas que penetraron después de haber limado una parte de la reja».

El Ayuntamiento «acuerda poner las rejas, previo consentimiento del Cuerpo de Ingenieros de esta Plaza, el día 24 de febrero de 1855».

A mano derecha de la «foto», junto a la carretera, existe desde finales del siglo XIX el llamado «Árbol de Atanes». La historia de este árbol es la siguiente:

Un repatriado de Cuba, apellidado Atanes, por asuntos amorosos fue asesinado por el hermano de una mujer, ayudado por sus amigos. Después de muerto, cada uno de los amigos le dio una navajada, para emular a los de Fuenteovejuna. Este suceso dio mucho que hablar en aquella época, y en el árbol bajo el cual se cometió tan horroroso crimen se pintó una cruz, la cual se siguió repintando año tras año, por todos los pintores que pasaban por dicho lugar, camino de la Magdalena o de Burlada.

En la «foto» número 6 ofrecemos el último tramo del río de los

leños, que era el comprendido entre el puente de la Magdalena y la salida al río Arga, inmediatamente después de pasar el Molino de Ciganda.

Esta «foto», anterior, también, a la segunda guerra carlista, demuestra claramente el porqué y el para qué se construyó nuestro comentado río o acequia.

Se ven claramente, a ambos lados de las orillas, ingentes montones de leños, perfectamente apilados, y al final de la acequia se ve el «puente de la leña» con el rastrillo que impedía que la madera pasase al río grande. De este puente con su rastrillo, sólo tenemos constancia gráfica, hasta ahora que hemos adquirido esta antiqusima fotografía, de la litografía francesa de Le Jeune, grabada por Desmaisons hacia el año de 1823, y titulada: «2.º Vue de Pampe-lune».

En el agua se ve gran cantidad de patos, y al fondo, la gran explanada que se extendía hasta el monte de Ezcaba, sobre la cual no se ve más que dos chabolas para guardar los aperos de algunas huertas. Solamente al fondo y a la derecha se ve Villava.

En la «foto» número 7 se ve el molino de Ciganda, tal como estaba en el siglo pasado; se aprecia, a la



Foto n.º 5—Vista general del río de los leños, tomada desde el puente del Molino de Caparros, hacia su terminación en el Molino de Ciganda]

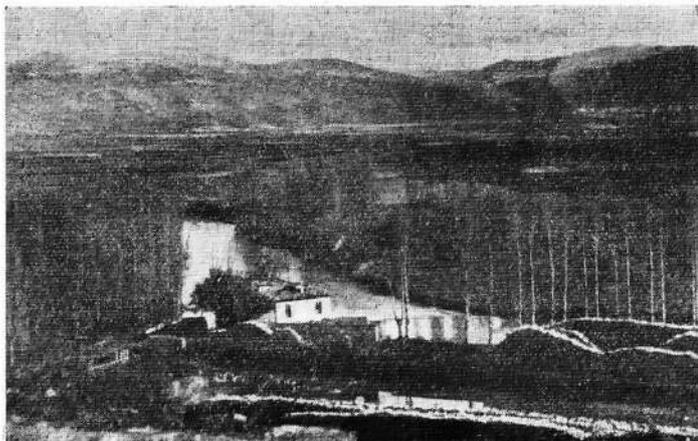


Foto n.º 6  
Terminación del «río de los leños»  
junto al Molino de Ciganda.

izquierda, las pilas de leña, y al fondo, el convento de los Capuchinos y el pueblo de Ansoáin.

Ahora bien, en el transcurso de los siglos tenemos datos sobre el río de los leños, en general de poca importancia y que se refieren a construcciones o arreglos parciales o pequeños defectos en el cauce (1839), o mejoras en la red que encauzaba la leña (1777), destrucción de la caseta (1751) y su reconstrucción (1781). La última caseta que ha existido, y es la que se ve en las fotografías, fue edificada en 1819, «... habiéndose reforzado (además) con nuevas obras el ángulo de la pared que forma punta en la entrada o embocadura de la

acequia, ganándose terreno al río».

Los datos más modernos del «río de los leños» son del día 4 de enero de 1900, en los cuales el Ayuntamiento «concede al señor Erice, para que pueda conducir y traer por el río, pequeñas almadías de maderos y que ingresen en el cauce denominado "de la leña"».

Como hecho histórico, en el cual nuestra «cequia» aportó su granito de arena por la causa nacional, recordaremos la intervención navarra en la Guerra de Sucesión.

Al morir Carlos II, España, junto con Francia, defendió al rey Felipe V, frente a las pretensiones del Archiduque Carlos de Austria, apoyado por la Gran Alianza for-

mada por el Imperio, Holanda e Inglaterra, y, en España, por Cataluña, Valencia y Aragón. Para defender nuestras fronteras, los navarros partieron a luchar contra los vecinos, y el Ayuntamiento ofreció al Rey, para pagar estas tropas, un donativo voluntario de 20.000 pesos fuertes, que para obtenerlos gravó (en 1706) con un maravedí cada leño de los traídos por el río Arga e ingresados por la acequia de la leña.

Por haber cumplido su papel, modesto pero eficiente, durante más de trescientos años, es por lo que hemos dedicado este recuerdo al desaparecido «río de los leños».

J. J. A.



Foto n.º 7  
Molino de Ciganda, en el último  
cuarto del siglo XIX.

El presente artículo, original de José Joaquín Arazuri, titulado "El río de los Leños", fue publicado en la Revista Pregón nº 70, Navidad del año 1961.

Al hilo del reciente centenario del nacimiento del Doctor Arazuri, lo recuperamos para nuestros lectores, preparado por Don José del Guayo.